

## **Las moscas del capital**

# Las moscas del capital

PAOLO VOLPONI

INTRODUCCIÓN DE MASSIMO RAFFAELI

TRADUCCIÓN DE JUAN MANUEL SALMERÓN ARJONA



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Le mosche del capitale*

Copyright © 1989, 1991 e 2010 Giulio Einaudi Editore, s. p. a., Torino

Primera edición: 2015

Imagen de portada  
© *Quintuplet Novelists*, JULIEN PACAUD, 2007

Traducción  
© JUAN MANUEL SALMERÓN ARJONA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2015

París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Impresión  
KADMOS

ISBN: 978-84-16358-16-8  
Depósito legal: M-34211-2015

Impreso en España

Questo libro è stato tradotto grazie ad un contributo alla traduzione assegnato dal Ministero degli Affari Esteri italiano - Este libro se ha publicado con una subvención a la traducción concedida por el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano.



Cultura

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

# ÍNDICE

Introducción de MASSIMO RAFFAELI	9
Primera parte	21
I	23
II	53
III	139
IV	173
Segunda parte	239
I	241
II	253
III	267

## PRIMERA PARTE

Saraccini mira desde lo alto de la colina la gran ciudad industrial que se extiende por el llano y que la noche parece proyectar más allá de sus límites, hasta perderse entre los reflejos del río y los humos del campo.

Está sereno y goza satisfecho de la vista y del silencio. «Sí, el silencio es otro gran general», se dice a sí mismo y le dice al universo. Siente que el espacio circundante, que con cada ruido parece contener la respiración, lo entiende, lo obedece y lo felicita por ser casi rico, por estar casi enamorado, por ser aún joven y fuerte, el primero de su ciudad ejemplar y hasta de la región, el más inteligente, equilibrado y capaz de los directores de su gloriosa Compañía.

La gran ciudad industrial llena la noche sin luna. Faltan tres horas para que amanezca. Todo o casi todo el mundo duerme, e incluso quienes yacen despiertos están como perdidos y desmemoriados; todo —animales, hombres, edificios— está quieto; están quietas las calles, los barrios, los prados del fondo, los arrabales, los cultivos que se extienden a los lados de las zanjas y a orillas del río; el río que, aunque no duerme, no se ve, envuelto como está en la noche. Tampoco se ven las grandes antenas de radio y de radares de la colina. Pasa un tranvía nocturno por el centro y el estrépito es como un ruido en mitad de un sueño. Los hombres, las familias, los guardias, los soldados, los oficiales, los policías, los estudiantes duermen, y hasta los obreros duermen: ni siquiera se oye a los de los turnos de noche, ni a los de los turnos de guardia, ni a los que hacen la ronda por los pasillos y bajo las bóvedas de los grandes almacenes.

Casi todos duermen bajo los efectos del Valium, del Tavor o del Rohipnol.

Y duermen también las instalaciones, los hornos, las tuberías, duermen las cintas transportadoras de las escaleras automáticas que depositan los compuestos químicos en las cubas de pintura o en las pilas de las témperas. Duerme la estación de trenes, duermen las farmacias nocturnas, las puertas y las antesalas de urgencias, duermen los bancos: las ventanillas, las mesas de despacho, los cajones, el correo neumático, las cajas fuertes, las salas blindadas; duermen el oro, la plata, los títulos industriales; duermen los cheques, los certificados mobiliarios, los bonos del tesoro. Duermen los mozos con las manos en el mandil o dentro de sacos de serrín. Duermen las prostitutas, los ladrones, los explotadores, las bandas organizadas, los sardos y los calabreses; duermen los curas, los poetas, los editores, los periodistas, los intelectuales; ¡cuánto café, alcohol, tabaco habrán consumido en esas horas! Y mientras todos duermen, el valor aumenta, se acumula segundo a segundo en el exterior o en el interior de los edificios.

Duermen las computadoras, pero sus programas siguen contando. Es una cuestión de orden, de eficiencia, de producción.

Saraccini confía en los psicofármacos y en las computadoras. Los periódicos, los financieros, los directores, los técnicos, los jóvenes especializados, los consejos de administración, los contables, los sindicalistas, provinciales y nacionales, y los alcaldes, los políticos, y los directivos de la Confederación General de la Industria Italiana, del Instituto para la Reconstrucción Industrial, y los ministros y los editores, todos entenderán, deberán entender la primacía social, cultural, científica de la industria, y el mismo capital tendrá que someterse y seguir sus dictados. La industria renovará y regulará el capital.

La médula espinal de las cintas tabletea —memoriza y calcula—, del mismo modo que la sangre circula mientras dormimos, el inconsciente se ensancha, los sueños se suceden, el cerebro se alimenta de nuevos impulsos y se prepara para las nuevas ideas del día siguiente. Ya con el primer despertar frente al lavabo, frente a

la taza, incluso antes, en la almohada, crece, impulsado por la vida de todos y de todo, el cuerpo y el valor del capital. Nunca, ni en las más negras noches, deja de crecer y de pujar; se mueve, se para, recupera fuerzas, distribuye recursos, imagina y proyecta nuevas estrategias, delinea nuevos órganos y nuevas facultades.

El sueño se extiende sin inocencia, y no por necesidad física, sino por ser un dato, un cálculo, un factor concomitante más que favorece al capital. Toda la ciudad se somete a él, se someten todos los durmientes, que están en su puesto y en su cama, sumidos en el sueño propio y en el sueño más grande y general que se vacía de vapores. La computadora manda y controla, concede, persigue, codifica, admite, imprime. También duermen los amos y los guardianes de la computadora, duerme la conciencia de esos amos y de esos guardianes, vigilada por infinitos sistemas de alarma, electrónicos y morales, sociales, políticos, bioquímicos. Zumba, en medio del sueño general, el edificio de las oficinas, que también reposa, separado y aislado por noventa y ocho de sus cien corrientes: quedan los guardias, el zumbido de los conmutadores, las bocas de los revólveres, las garitas de los turnos, los cuadrantes de los relojes oficiales del gran salón de la entrada y de las salas de espera.

Cada cinco minutos aparece el cálculo de los intereses; cada diez, el de la tasa de inflación; cada media hora, y después de dar la vuelta al mundo, el índice del coste de las principales materias primas; cada tres horas, el índice del valor del dólar y del marco suizo, seguido, a los veinte minutos, del de todas las demás divisas de los principales países industriales del mundo. Muchas veces falta la cotización de la lira. Este dato aparece de pronto en otro sitio, junto con los datos del coste del trabajo, que se dan dos veces al día, y que incluyen un índice general de la parte variable del salario por coste de la vida y los índices específicos por sectores: industria metalúrgica, química, textil, papelera, artes gráficas, transportes, comunicaciones, construcción.

Saraccini mira, pero no dice nada: está como atontado por lo que le espera al día siguiente, cuya alba ya raya. Advierte que la noche se va y que todo aquel mundo empieza a rebullir en

la cama, a asomarse al amanecer. El alba es un rayo sutil, que se difunde por su misma ligereza, que tiembla, se desvanece y se extingue. Surge potente la mañana del nuevo día. Empieza la grandiosa empresa. Saraccini es el encargado de llevarla a cabo, y el admirado. También debe moverse, empezar. Corre en dirección a Salisburgo C., recorre velozmente las calles aún desiertas. Salta el puente, cruza volando la colina con árboles, aterriza en los escalones de casa. Ducha, café, zumo, vitaminas, zapatos y corbata. Vestido de punta en blanco y oliendo a lavanda, con aire de autoridad y de juez, sube a la tercera planta del edificio de oficinas.

El profesor Bruto Saraccini es un directivo de segundo nivel de la dirección general del personal, relaciones sociales y publicidad, imágenes y servicios empresariales. Apuesto y discreto, eficiente, motivado, se dedica a seleccionar a diplomados y a licenciados, mandos, instrucción, carreras, retribución, incentivos del personal con responsabilidades y con mando. Su función sólo consiste en evaluar a los candidatos a directivos. Envejecen en las filas muchos desengañados de primera categoría. Aún los hay más viejos y desengañados en la categoría suprema. Pero a él, más que un gestor, se lo considera un preceptor o un confesor, un seleccionador excelente y fiable que sabe juzgar a las personas y su grado de cultura, profesionalidad, ganas de aprender y de producir. Tiene gusto y discreción; nadie lo depondría de su cargo. Nunca ha contratado a un comunista acérrimo y militante, ni a un necio recomendado, ni a nadie físicamente desagradable o intelectualmente inestable y agresivo, ni a un sureño con acento marcado, ni a un hijo de papá esnob y sofisticado, ni a una beldad provocadora, ni a una fea lacrimosa; prefiere contratar a mujeres de belleza discreta, recatadas, a las que hay que conocer, de las que uno se enamora poco a poco y a las que puede poseer por completo, en la vida laboral y en la privada.

El Presidente ha empezado a apreciarlo porque sus informes son precisos y sus propuestas fáciles de poner en práctica.

Los dos administradores delegados lo consideran importante desde que se celebrara la tercera conferencia colegial sobre cuestiones de plantilla y retribuciones. Saraccini no los estima mucho y sabe que tarde o temprano los destituirán, porque su gestión no rinde como debiera y porque son incapaces de concebir y organizar un verdadero plan de desarrollo empresarial, además de porque sus maniobras clientelares son torpes y no saben sacarles provecho. Recomendaciones, elogios, vaguedades; a menudo tapando opiniones, problemas, oposiciones, corrientes; y también confidencias, promesas, conjeturas, una y otra vez negadas, incluso recriminadas con desdén y aspereza.

El director general del personal ha acabado cayendo en estas trampas y ha tenido que dimitir en media hora, llorando y excusándose. Ha conseguido salvar la liquidación y la indemnización, además de la agenda personal y el marco de plata que tenía en la mesa de cristal negro del despacho. No ha dado instrucciones ni indicaciones sobre su sucesión. Se ha apresurado a bajar al aparcamiento subterráneo con el ascensor reservado y se ha largado en su flamante BMW. Sus competencias las ha asumido el más joven de los dos administradores delegados, y desde ese momento no se han sabido cuáles son. Todas las funciones, acciones y órganos surgen y se desarrollan por sí mismos, facilitados o dificultados por la práctica cotidiana, generalmente al margen de los canales y ámbitos de los diversos organismos empresariales, cuando no en oposición a ellos.

2

—Profesor, usted que es un excelente musicólogo, ¿no cree que es posible, incluso pertinente e ilustrativo, comparar la empresa capitalista con el padre de Mozart? A mí me parece que son lo mismo, que comparten la misma naturaleza de promotores, organizadores, perseguidores y consoladores... Tienen la misma actitud providente y paternal, la misma voluntad

de guiar y proteger, de escoger y de enseñar, de decidir lo que está bien y lo que está mal, y cómo se hace y reparte el bien y cómo se evita y se frena el mal; siempre apremiando, nunca satisfechos, despiadados, ávidos de novedades, ambiciosos y cegados por el éxito, con la vista puesta en el interés y el beneficio, todo... *quia absurdum*, todo... desde el *credo* al *benedictus*. Con un padre-empresa así, el pobre Mozart no tuvo niñez. No tuvo nada, nada más que instrumentos, música, conciertos, ensayos, viajes y más viajes con más música, más ensayos y más conciertos. ¿No le parece que la comparación es válida?

Nasápeti reflexionó, con aire titubeante, sin saber muy bien qué responder.

—Pero es que Mozart —dijo, después de ponerse rojo varias veces— fue un genio... que hizo mucho bien, mucho arte, grandísima música... para todos... para los demás... también para sí mismo y para su padre. Yo creo que el padre lo admiraba mucho... lo ayudaba, lo seguía, lo protegía para que pudiera continuar creando y tocando, dedicarse por completo a su arte... Y creo también que él quería mucho a su padre, apreciaba su tutela y sus facultades... No acabo de ver los términos de la comparación. Sí, quizá hoy la industria tiene el principio y la finalidad de hacer el bien, de multiplicar los bienes, de organizar y guiar el trabajo científica y socialmente, como usted ha dicho tantas veces... Pero no tengo tanta imaginación como para establecer la analogía que usted sugiere... Los términos, los tiempos, las cosas son muy distintas... y los fines... y los protagonistas.

—Sin embargo —insistió Saraccini—, leyendo una biografía de Mozart, me ha parecido muy oportuna y exacta esta equivalencia entre el padre empresario y el alumno artista y la identidad y las relaciones de la empresa. Me ha parecido tan dura la figura del padre y tan volcada en la música la del hijo... Una vida tan dependiente, tan organizada por fuera y despiadada por dentro... Pobre Mozart... ¡Cuántos viajes, cuánto frío, cuántas noches de mal dormir, cuántas fatigas, cuántos contratiempos! Noches y más noches pasadas en un carruaje, en malas posadas, en habitaciones compartidas... de aquí para allá por los Alpes, por

Flandes, por Prusia, siempre agarrado al violín y a la cartera de las partituras, siempre con el padre encima, con la exigencia de ser bueno, de tener éxito, de seguir viajando, y el padre siempre ahí, con ruegos, consejos, falsas atenciones, y más viajes, más programas. ¿Sabía que, ya de casado, se mudó de casa no menos de cuarenta veces en dos años? En eso se parece mucho a Beethoven, que en su vida de adulto se mudó al menos una vez al mes.

—Pero fue un genio —confirmó el Presidente, cada vez más rojo.

—Sí, sí, claro... Pero ¡con cuánto sufrimiento! ¿Sabía que, después de la muerte del padre, Mozart enterró también su recuerdo? No volvió a hablar de él. Ni siquiera una vez, en ninguna de sus cartas, aunque escribió muchísimas, ni en apuntes, dedicatorias... Ni siquiera en las cartas a su hermana... Borró por completo la figura del padre...

—Eso puede pasar en las mejores familias —dijo Nasápeti, riendo—, por no decir en todas. —Y, poniéndose de un rojo aún más intenso, siguió riendo, como hombre capaz de entender, asimilar y hacer desaparecer cualquier cosa, barbaridades, catástrofes, destinos, empresas, muchas más cosas que aquellos escrúpulos poéticos de su comensal.

—Sí, pero el caso es emblemático. Y me parece que demuestra claramente la identidad entre ese padre y la empresa moderna, y el sometimiento común de hijos y subalternos.

—No les diga esas cosas a los sindicatos, ni las escriba en ninguna revista intelectual. Apenémonos, conmovámonos... juguemos si quiere... Incluso le servirá para ejercer su inteligencia y su bondad, además de para entretenerse. Sobre todo porque no es usted un gran aficionado a la música... Ni siquiera a la ópera lírica.

—Es verdad, es verdad —dijo Saraccini—, soy un ignorante musical. Eso sí, sé apreciar y degustar un buen concierto, un buena sinfonía, aunque no los reconozca. En cambio, la ópera no me gusta, no: me gusta un poco, pero muy poco, Verdi, Puccini nada, sólo algunas cosas de Donizetti, de Rossini, de Bellini. Los demás me parecen unos pomposos sentimentales, falsos y

complacientes, como muchos escritores mediocres de aquella época... y de la nuestra.

—Tenga cuidado de no ser demasiado expeditivo... Demuestra que no tiene los mismos gustos que sus interlocutores sindicales... Que no comparte sus ideas, su cultura, como dice usted, ni seguramente sus problemas... Ninguna solidaridad, pues. Menos aún histórica. Usted, antes de encontrarse con sindicatos y trabajadores, debería canturrear el *Rigoletto* o *La bohème*. Si tuviera que poner música en la fábrica, en la sección de montaje, en la de pintura, ¿qué música pondría? ¿Las ruedas aceleradas de las carrozas sinfónicas de Mozart o las trompetas pesadas y los estruendos rítmicos de Beethoven? No creo que fueran bien, mejor el aria de *La traviata*, sí, sí... envolvente, apasionada, que acompaña bien el trabajo. ¿Por qué ha suprimido la música?

—Porque me parecía un engaño, una ostentación impertinente, una muestra falsa de libertad.

—Pero ¿y si le obligaran a poner un disco?

—Me obligaran ¿quiénes?

—Vamos, no sea quisquilloso, no se enfade. Suponga el caso.

—Música negra, espirituales, jazz.

—Demagógico. Se ve demasiado el sentimiento de culpa y la falsa analogía... Y es falso comparar el trabajo de los negros e incluso el trabajo negro, sobre todo el agrícola, con el de los obreros libres y concienciados de nuestras fábricas.

—Tiene razón. Me he equivocado. Lo admito. Entonces... pondría a Vivaldi, por ejemplo, *Las cuatro estaciones*... o a algún otro veneciano... Aunque sobre todo pondría canciones de moda, las que gustan a todo el mundo y todo el mundo reconoce.

—Eso, sí... Mejor Vivaldi, pero los andantes, que son tan incisivos: favorecerían la velocidad del trabajo, la cadena continua de las operaciones.

—En cualquier caso, profesor, espero que no me obligue a volver a poner música en la fábrica.

—No, no, yo no —dijo, después de una pausa calculada, no poco solemne, el Presidente. Y añadió, ya menos rojo, chupando el grueso puro—: Yo no, pero esos dos, ya sabe, los administradores

delegados, son imprevisibles, sobre todo ahora que están tan nerviosos y pendientes de cualquier novedad; no me extraña, algo han de hacer, sienten que se les acaba el chollo y procuran retrasarlo todo lo que pueden.

—Pero si me lo ordenaran —insistió Saraccini—, ¿tendría que obedecer, a la fuerza, por disciplina? ¿Obedecer sin rechistar?

—Eso nunca —dijo Nasápeti con satisfacción—. Nunca obedezca una orden de ellos sin consultarme antes. Ni aunque sea para poner o quitar una planta de la entrada del viejo edificio de oficinas, o colocar a un guardia. Lo que tienen que hacer es esperar el día de irse, que será el de la próxima convocatoria de la junta. Hasta entonces pueden no venir a trabajar si quieren. Pero ¡quia!, siguen dando la lata con reuniones, órdenes del día, planes, propuestas, conferencias... Sólo faltaba que se pusieran a dar conciertos, música para todos, según el grado, el trabajo, la vocación... música clásica, ópera, jazz, folk, valeses, mazurcas, marchas... Más les valdría preparar el traslado, y sin conciertos, sin llevarse nada, sin cerrar siquiera la puerta de los despachos ni cambiar la hoja del calendario... ¡Largo, largo! Les daré esos nombres que dice usted de músicas muy andantes, les daré estos ejemplos para meterles prisa cuando se vayan, ¿qué le parece?

—No es ninguna sorpresa que la trayectoria de los dos administradores delegados haya llegado a su fin. No sólo no lo es para mí y para cualquier otro directivo, sino incluso para los obreros, para los trabajadores de sección, para los del comedor, para los del transporte. Incluso para los sindicatos. Y no es precisamente algo bueno.

—Veo, pues, que en lo esencial estamos de acuerdo, que sabemos leer las mismas palabras en el gran libro de la empresa y en el de sus cuentas. Pero también yo habría preferido que todo ocurriera con mayor dignidad y secreto, sin tantos flecos, proclamas, confidencias, invocaciones, que siempre perturban al que ha de trabajar, obedecer y confiar en la autoridad. ¡En la próxima junta, pues! Y preparémonos para un cambio de rumbo, general y urgente, y a medidas de recuperación. Cuento con usted: le

guiaré, le organizaré muchos conciertos, muchas, muchas sinfonías. Sé que la gente le escucha con gusto, y que su música, además de ser buena, tiene el mérito de gustar y de que la comprenda todo el mundo. —Y se quedó mirando el puro, como sorprendido del espesor de la ceniza y del ascua, que ya había consumido más de la mitad del grueso cigarro.

—¿A quién pondrá en lugar de los dos administradores delegados y del director general? ¿Ocupará usted por fin el cargo de administrador delegado, como muchas veces me he permitido sugerirle? —preguntó Saraccini, que miraba también la columna de ceniza, por afinidad, y cargándola también de significados inevitables.

—No, no, yo no puedo comprometerme. No puedo encargarme de todo con el riesgo de hundirlo todo. Yo seguiré desempeñando mi cargo, si acaso con mayor atención. —Alzó la cara y con un gesto brusco tiró el puro. Ya no estaba tan rojo. La nariz se extendía entre los dos ojos almendrados como si fuera la encarnación grave y palpable de los propósitos de su dueño. Se inclinó hacia Saraccini para mirarlo con más penetración y sonrió queriendo mostrar (en el momento de revelar verdades que le importaban, de encomendarle tareas que le incumbían) la máxima franqueza y naturalidad, pues había entre ellos gran confianza y mutua inteligencia.

—Le pondré a usted —dijo rápidamente y en voz baja, como si dijera algo obvio y lógico—, a usted y al ingeniero Sommersi Cocchi.

—Pero yo... —objetó Saraccini, sorprendido sinceramente, y sin atreverse a manifestar el contento que le producía la noticia.

—Lo hará usted —confirmó Nasápeti—. Usted me ayudará, lo hará y lo hará bien. Por su valía, por su modestia y porque yo le ayudaré. Usted conoce nuestras corrientes y nuestras orillas y sabrá navegar correctamente.

—Pero es que no sólo habrá que navegar —objetó de nuevo Saraccini, en tono solemne, como asumiendo ya las responsabilidades que aún no había aceptado—. También habrá que canalizar corrientes, reconstruir puertos, ensanchar aguas, poco a

poco pero con decisión, hacia los mares externos, relacionarse también con los océanos, con astilleros, mercados, almacenes de todo el mundo.

Nasápeti escuchó aquella inspirada enumeración de cosas que había que hacer y le pareció un buen augurio, un primer mensaje, la señal de una vocación, aunque aún sonara a súplica, a simple compromiso oral, que debía materializarse en forma de primera línea en el nuevo libro de las normas y de la prosperidad empresarial. Guardaron silencio largo rato. Se ofrecieron vino y la mejor fruta. Degustaron un licor, en silencio también, con las cuatro manos en la mesa, las de uno enfrente de las del otro, ocupadas con los vasos, las nueces y las almendras. Al fin, Nasápeti se reclinó en la silla y dijo, llevándose las manos a los bolsillos del chaleco y como sacando poco a poco aliento de aquel gesto:

—Todo irá bien, no lo dude.

Saraccini, por su parte, se metió como en la madeja cálida que el amor impetuoso que sentía por el profesor había tejido a su alrededor, alrededor de su cabeza. Era un amor total e infinito, se dijo a sí mismo; un amor de poseso, de adalid de una causa, la causa de la ciudad y de la gran empresa, la preciosa causa de su porvenir civil y liberador.

Nasápeti no estaba arrebatado de amor, sino muy satisfecho de haberlo dicho y expuesto todo sin pasar por las formalidades de rigor, aparentando confianza y generosidad, sin comprometerse ni hacer demasiadas concesiones, en particular de carácter organizativo y programático; satisfecho de haber convencido y entusiasmado a aquel joven apuesto y capaz, aunque también recalcitrante y reservado, incluso arisco, guardián celoso de muchas verdades internas de la empresa, de sus empleados y de su personal, verdades auténticas y fundadas, y a la vez, en muchos sentidos, inútiles y fastidiosas, amén de contraproducentes a efectos de rentabilidad, que es la esencia verdadera y única de la empresa y de sus trabajadores. Aquel Saraccini era un directivo competente, motivado y leal, aunque también un advenedizo que no procedía de una familia de empresarios y ni

siquiera de una familia de directivos que coadyuvara al general interés del poder dominante; directivo honrado e irreprochable, aunque aún sin el lustre de la riqueza; recto y disciplinado, menos ávido de dinero y de poder que de cargos, asignaciones, planes, *feeling goals*, que para él, sin embargo, no eran motivo de alarde y ostentación, sino instrumentos de una cultura industrial nueva e innovadora, en un mercado, una ciencia, una sociedad, un país nuevos también.

Todas aquellas novedades eran posibles e inocuas, pero siempre que no pasaran de ser proclamaciones, llamamientos, temas de congresos y hasta partidas de gastos y presupuestos, es decir, siempre que fueran sólo palabras, gráficos. Además del lenguaje y el estilo, pues, aquel joven tenía las ambiciones y los conocimientos, los trajes, las camisas, las corbatas y el calzado requeridos, así como cierto espíritu polémico, inquieto y un tanto contradictorio que podía granjearle la aceptación y simpatía en los ambientes más selectos de las finanzas, del arte, de la política, del periodismo, de la universidad e incluso de la sociología y del psicoanálisis, y entre los jóvenes contestatarios y extremistas, y entre los núcleos y corrientes de la izquierda, vieja y nueva, y del sindicalismo autonomista, y de todos los grupos de oposición obrera, inmigrante y suburbana.

Aunque, eso sí, tampoco hay que pasarse de la raya, ni dejarse llevar hasta ceder, ni admitir intromisiones ni presiones... Abrirse, sí, ya que abrirse es la estrategia del momento, pero sin dejar de trabajar, mandar, poner condiciones. Además, no deja de ser un hombre que ha leído a Marcuse y a Pasolini, y también él aprenderá en carne propia que mandar es mejor que obedecer, que tener poder conviene en todas partes, incluso en la China de Mao; que el dinero es lo más bonito del mundo y que cuanto más se tiene, más bonito parece el mundo... Pronto entenderá que el dinero es el mundo, el mundo verdadero, el único mundo posible que puede habitar el hombre, centro del universo.

—Hoy —empezó a teorizar Nasápeti, cuya cara, nariz y ojos se reflejaban, con una expresión satisfecha y golosa, en el redondel transparente y dorado del licor—, los patronos no pueden

mandar y disponer a su antojo, como antes: los balances, el fisco, los bancos, la competencia, la organización y la actividad de la empresa son como un tribunal que exige razones y pone condiciones e impide que uno pueda meter mano a la caja así como así, aunque sea de su propiedad. Por eso, para sortear estos obstáculos, los patronos han creado diversos órganos de poder superpuestos al cuerpo empresarial propiamente dicho: administradores delegados, directivos, consejeros, ayudantes, expertos, funcionarios, encargados, jefes y demás, así como suboficiales, súbditos, remunerados, cómplices que colaboran en crear teorías de apoyo, coronas, colgaduras, lustres que, en definitiva, repiten, reflejan y extienden la gloria y el interés del patrono. Ya no es él quien toma el dinero libremente y a discreción, sino los muchos vasallos que lo hacen en su nombre, con talante rendido y obsequioso. Los patronos más cultivados, los magnates auténticos como los Medici o los Krupp, consiguen, por medio de este sistema feudal, formar verdaderos museos, en cualquier campo del saber y de la cultura. Incluso han tenido a su servicio a poetas y escritores de éxito que han actuado como cantores, como cronistas e historiadores, como directores de imagen de su persona y de su empresa, como custodios de las verdades y de los rasgos más significativos de su figura, como codificadores de esas mismas verdades y rasgos en forma de valores universales respetados en todas partes, convertidos en la cultura del momento.

» Los patronos más pequeños, o los menos pensantes y clarividentes, se conforman con encomendar la dirección de su imagen, no a verdaderos escritores, que cuestan mucho, sino a escritores mediocres o a aspirantes a escritores, que desde luego cuestan menos y son más devotos y agradecidos; gente fiel, que se pega como un perro a ese umbral de la imagen, día y noche, con la entrega de la ignorancia gratificada y con la constancia de la necesidad.

Nasápeti, en sus propósitos dignos, si bien todavía inexpresos, *in pectore*, no se dejaba turbar por la conciencia de que aquel bueno de Saraccini carecía de sacos poslinguales pluriversátiles

suplementarios y de vesículas subtonsilares secretadoras cargadas de la esencia mucilaginoso de la envidia.

«De momento —se dijo—, seguiré poniendo a prueba a este Saraccini, persona generosa, dirigente popular, colaborador complaciente, hombre de buena voluntad, modesto, espíritu inquieto, poseedor de muchas cualidades por el estilo, quizá más propias de un capataz, de un médico de cabecera, de un abogado penalista socialista y de provincias, que de un directivo empresarial altamente especializado, altamente versátil, capaz de investigar y de calcular, de analizar y de sintetizar, de descomponer y de reorganizar, de desarrollar y de consolidar, de aplacar conflictos y de lograr consensos, de proteger la autoridad y de gestionar el poder».

Saraccini calló el resto de la noche. El nombramiento lo abrumaba y lo mareaba. La última parte del encuentro con el Presidente estuvo educado y formal, y se complació en mostrarse sorprendido y aun pasmado. «*Domine non sum dignus...* Subir al trono de la cultura que renovarí lenguaje, cifras, valores; el trámite por el cual la asamblea político-económica accedería a la *polis*, *Domine non sum...* Aparta de mí el amargo cáliz».

Tiene miedo; miedo de los compañeros, de los discípulos, de los sacerdotes, de los profetas ocultos; miedo de las simplificaciones cortantes de los ingenieros de producción; miedo del sentido común y de los chistes de los vendedores; miedo de que los físicos y matemáticos de las calculadoras le pidan el *input* indispensable, y que mientras esperan la respuesta se paren y suspendan todas las operaciones; miedo de tener que despedir, de reformar el trabajo a destajo y demás parámetros retributivos, de reordenar las categorías, de planificar las promociones, de discutir con el sindicato; miedo de elegir entre directivos, de tener que distinguir entre buenos y malos, entre honrados y no honrados, entre imitadores falsos y ambiciosos superactivos. Tendrá que empezar a decir casi siempre que no para hacerse de rogar y ganar tiempo, para leer mejor en la incertidumbre. También por sadomasoquismo, para poner

a prueba su narcisismo. Se dirá a sí mismo, para que los demás lo oigan también: «Ved lo humilde que puedo llegar a ser, cuánta conciencia tengo, cuántas dudas me asaltan, hasta qué punto sopeso la montaña de oro y de gloria que cargan sobre mis espaldas».

Por la noche Saraccini no pudo dormir. A las tres de la mañana daba vueltas en la cama presa de la angustia, presa también del miedo a quedarse sin fuerzas para afrontar los días siguientes. Se tomó dos Valiums con el aire distraído, rutinario, de un soberano de Estado, de un gran creador que se siente obligado, por su condición misma de rey, a transigir, a transigir consigo mismo, y a usar de manera diversa y multiplicada los órganos de su cuerpo, sus recursos nerviosos y mentales.

Durmió de las cuatro a las seis. Soñó con el edificio, con el despacho más grande de la última planta, que estaba vacío y tenía una moqueta que se agitaba como si fuera una piel. La lámpara del centro se inclinaba hacia él, que estaba parado en la puerta: al fondo había unos ficus muy verdes que se movían y ocupaban los puestos de honor, en primera fila, delante de los muebles y de la mesa de las grandes decisiones. La mesa ya estaba allí, tensa, silenciosa. Él se hacía cargo y se complacía. Pero veía también, entre los ficus, unas bellísimas serpientes venenosas, mitad cobras, mitad serpientes de cascabel, que se enroscaban y desenroscaban formando grupos ordenados. Un mono, agarrado al pie de la lámpara, gritaba y amenazaba con sus alaridos eléctricos. El mono tenía la cara de una vieja contable, probísima, entregada, un verdadero motor, que murió de pena el mismo día en el que se jubiló sin haber sido nombrada directiva. Toda una injusticia que había marcado el comienzo de su era. La mesa de las decisiones cobró la forma de una isla: islas precisamente habría que constituir también en las labores de montaje, con fases integradas, funciones intercambiables, posibilidades concretas de intervención en materia de transporte, operaciones y plazos, e incluso en la elección del control.